

XIII.

ESPIRITU DE CUERPO.

Para consolidar el espíritu de Cuerpo, es preciso que se aleje de los individuos que lo componen la mezquina idea del egoísmo.

El egoísta que sólo anhela para sí y que nada cede, nada sacrifica á los demás, al fin se verá aislado, y cuando lo abrumen las penas que son inherentes á la humanidad, por lo que nadie puede eximirse de ellas, y menos en una profesión tan azarosa como la de las armas, se contemplará aislado entre sus compañeros, sin ayuda alguna, cual si viviera en un desierto. A ese hombre ninguno le tiende la mano cuando cae, y se apartan todos de él con indiferencia al ver que se desploma; es un ser inútil para los demás y nada significa que se pierda. Acomodaticio, sin ceder ni lo que le sobra, sin querer molestarse en dar un solo paso para el alivio de otro, no tendrá quien le ceda lo que más necesite, ni quien trabaje por su bien cuando se sienta sucumbir bajo el peso del infortunio.

Vemos hombres que difícilmente ó jamás progresan en la profesión que adoptan, y es que inspirados en el egoísmo, jamás han ayudado á nadie y nadie les ayuda, quedando en su abandono sólo poseedores de su ruin pasión, esa pasión tan mezquina, que no alcanza á comprender que el

hombre necesita de los demás, y que por lo mismo debe á ellos la justa reciprocidad, sacrificando parte de lo que tiene ó puede al conjunto

Es tan estúpida la idea del egoísmo, que hasta los salvajes que no conocen las prácticas sociales, se adelantan á los seres egoístas, pues se reúnen en tribus para protegerse, para ayudarse mutuamente y formar un todo que algo pueda.

El hombre con sus aislados esfuerzos es un átomo sin valor en la humanidad, por eso los hombres civilizados se estrechan en el fecundo seno de las sociedades y todo lo dominan así, progresando siempre.

El ejército está fraccionado en distintas corporaciones, y estas corporaciones, para que sean fuertes, es preciso que se unifiquen condensándose en un solo espíritu.

Hay que principiar por vivir en sociedad con los compañeros de armas, y el militar, tanto de ellos como de otras personas á quienes trate, será más querido, mientras mejores sean sus maneras, por lo que deberá procurar ser afable y cortés, resaltando tanto más en él esas prendas sociales, cuanto más elevada sea su posición ó cuantas más virtudes militares le adornen.

Es innegable que el buen soldado, que á más de serlo posee maneras corteses, se verá mejor mirado que el incivil y el desatento, que necesariamente repugna á cuantos están en contacto con él.

Qué más grata satisfacción que vivir entre compañeros que nos tratan con estimación; entre personas que algo nos deben y que se sienten agradecidas. Descansamos con ellas como si fuesen se-

res de nuestra familia; nuestra alma siente expansión y confianza en su compañía. . . . Nuestros compañeros de armas son la familia que aceptamos desde que salimos de los umbrales del hogar doméstico, y debemos mirarlos con cariño por esto. Partimos con ellos nuestro pan y seguimos todos los azares de una vida procelosa; y si caemos en la senda desigual de la existencia, siempre entre ellos encontramos una mano que nos levanta, y si sucumbimos, entre ellos hallamos quien cierre nuestros ojos.

La mutua ayuda es un consuelo para la humanidad que sufre, y en la profesión militar, rodeada de contratiempos y de peligros se hace más necesaria: por eso aclamo el espíritu de cuerpo.

El espíritu de cuerpo es esa fraternidad exenta de todo egoísmo, que funde los intereses de todos; son los diversos elementos individuales que, uniéndose con el lazo del compañerismo, forman un armonioso conjunto. Cada uno de los individuos que componen el Cuerpo lo cuidan como bien colectivo, defienden con anhelo su reputación y la levantan al más alto grado. Cuando ese espíritu no alienta á una corporación, ella es débil, quebradiza, y su reputación y su existencia está en peligro con los mismos que la forman, y que en lugar de conservarla la desgarran con su discordia interior.

La discordia en una corporación cualquiera, es una gangrena que debilitándola apresuradamente, la mata cuando al fin llega á su corazón. La desorganización, el desorden, son los síntomas fatales de la discordia. Y ninguna corporación más que la militar necesita de todo el poder que da la unión,

pues tiene que vencer inmensas dificultades: ella está formada para resistir las fatigas más penosas, y para llevar á cabo los más grandes sacrificios; tiene que sumar sus esfuerzos en uno solo, sobreponiéndose á todo, para poder llegar á arrancar á toda costa el laurel de la victoria al genio de la guerra, ó para refugiarse valientemente en el seno de la abnegación cuando viene la adversidad.

Parece imposible que entre compañeros que viven bajo el mismo techo, que sufren la misma desgracia ó gozan la misma fortuna, y que anhelan la propia gloria, no haya una amistad sincera que los estreche cordialmente. Compañeros en el sacrificio y en la felicidad, compañeros hasta el supremo momento del no ser, que se ayuden siempre, que se restañen las heridas, que cedan sus vestidos para cubrir de la intemperie al mutilado compañero. Que lo hagan así, que nunca olviden la posibilidad de que deshecha su existencia en un combate, tengan que dormir en una misma fosa ó descansar sus cadáveres insepultos en el mismo pavimento. Que se amen como hermanos ya que están unidos en la tierra con los lazos de la fortuna ó del martirio.

XIV.

CONCLUSION.

Dada la índole de estas conversaciones, intencionalmente no he querido citar en el curso de ellas ejemplos de las virtudes que los soldados mexicanos tienen.

No me juzgo con la imparcialidad necesaria para hablar de la epopeya de nuestra primera independencia, porque acerbos recuerdos de aquellos tiempos me harían tal vez no detenerme en el límite de lo justo. ni al elogiar á nuestros héroes, ni al tratar de nuestros enemigos de entonces.

Después de esa guerra vino otra en que se vieron muchos heróicos rasgos dignos de figurar en los fastos de la universal historia, para brillar entre los más grandiosos; pero por nuestra desgracia están oscurecidos bajo la sombra siniestra de las entuladas alas del espíritu de partido que ha desgarrado en contiendas interiores nuestra joven patria, ¡y cómo hablar de nuestros rencores fratricidas de ayer, cuando todavía existen campeones de esa lucha!

En cuanto á los héroes de la segunda independencia, tengo que decir que no debo dar mi juicio sobre mis contemporáneos; mas quién no sabe que entre nuestros soldados no son extrañas las virtudes de los antiguos espartanos, ni los hechos semejantes á los de Guzmán el Bueno, que prefiere

la muerte cierta de sus hijos á la deshonra de sus armas? ¿Quién no sabe que estos soldados mestizos, descendientes del español y el indio, tienen la brava caballería del uno y la estoica serenidad del otro; el genio aventurero del hispano y la inquebrantable constancia del infatigable hijo de las selvas americanas?

En nuestros soldados, que generalmente se han visto abandonados á sus solas inclinaciones, hay que admirar muy bellas cualidades. Los vemos casi siempre resignados en el sufrimiento, sin que una queja demuestre sus dolores; si la muerte va á caer sobre su cabeza, no se humillan para pedir la vida, y esperan con digna altivez el momento fatal, sin que una lágrima empañe su mirada. Los vemos que engréidos en el cariño de su jefe, le sirven de muralla en el combate, y si cae herido, lo toman en sus brazos y lo salvan sin pensar en su propia existencia, rodeada de peligros. Sin pan y sin vestidos hacen largas jornadas por ásperos caminos, acampando á la intemperie, sufriendo así vigorosos las fatigas y las penalidades.

Que se cultiven esas cualidades innatas en nuestra raza belicosa, sufrida y sobria, como cada oficial debe tratar de hacerlo con los que manda, y los soldados mexicanos llegarán entonces á alcanzar el lugar que les corresponde.

Este ejército, animado por un verdadero espíritu guerrero, sólo necesita una asidua y constante dirección para elevarse á la perfección militar.

Y el buen ejército es tanto más indispensable en México, que puede tener enemigos poderosos en el extranjero, cuanto que desmoralizado el país por las revueltas políticas sufridas, necesita imperiosa-

mente un poder emanado de las leyes, que lo sujete al orden y á la paz, para que se proceda á la definitiva organización nacional, que traerá el engrandecimiento de la patria. Para hacer frente al espíritu de la discordia que agita la nación, es preciso el inquebrantable espíritu del orden que representa un ejército disciplinado.

“La mayor palanca de acción, dice un insigne “guerrero, es la fuerza militar *dada por la ley y dirigida por el genio.*”

Formado como está el ejército nacional, por ministerio de la ley, para sostener los poderes, para dar garantías á la sociedad y para defender los derechos de la patria, ilustrándose, cultivando sus cualidades naturales y engrandeciéndolo su espíritu con el ejemplo de heróicas virtudes, portándose como cumple á sus sagrados deberes, vendrá á ser el más sólido cimiento del brillante porvenir que á la República Mexicana espera, una vez que pueda sofocar para siempre las contiendas civiles, haciendo respetable á la nación en el exterior.

Un ejército instruído, levantado en su moralidad, bien organizado, será el corazón valiente, el acerado escudo, la espada justiciera de nuestra patria, que tan gran papel tiene que desempeñar en este mundo nuevo, en este continente americano, en cuyo centro está situada, dividiendo sus mares, sus tierras y sus dos predominantes razas.

Os he dicho, pues, ya, cuál es la misión del ejército, cuál es nuestra misión; que cada uno, por su honor y por su patria, según su puesto, trate de cumplirla.



APENDICE.

Al editarse por cuarta vez las “Conversaciones Militares,” que en 1879 publiqué en San Luis Potosí, siendo Coronel del 6.^o Regimiento, doy lugar, por vía de apéndice á ellas, á la *introducción y conclusión* de mi monografía titulada “El Ejército Mexicano,” la que escribí el 1899, siendo General de Brigada y Gobernador del Estado de Nuevo León, para formar parte de la obra “México, su Evolución Social;” y lo principal de un discurso que pronuncié con carácter de Ministro de la Guerra, en la clausura de las primeras conferencias científicas de la Asociación del Colegio Militar, en 1902.